

**bam
bú**



**La cala
del Muerto**
Lauren St John


**LOS MISTERIOS DE
LAURA MARLIN**

PREMIO BLUE PETER DE LA BBC 2011

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Dead Man's Cove*

© 2010, del texto, Lauren St John
© 2012, de la traducción, Marta Pino Moreno
© 2012, de las ilustraciones del interior, David Dean
© 2012, de la ilustración de la cubierta, Allan Rabelo
© 2012, de esta edición, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

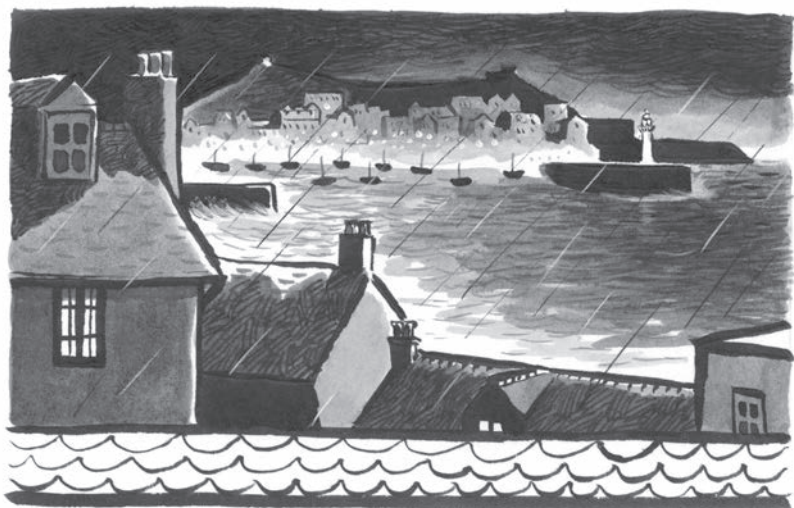
Primera edición: febrero de 2012
ISBN: 978-84-8343-169-6
Depósito legal: M-245-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	7
2	23
3	34
4	49
5	58
6	65
7	78
8	86
9	95
10	106
11	115
12	121
13	128
14	138
15	147

16	157
17	163
18	172
19	184
20	196
21	208
22	221
23	236
24	244
25	257



Vinieron a buscarla a las 6.47 de la mañana. Laura memorizó la hora, porque llevaba once años, un mes y cinco días esperando este momento y quería recordarlo siempre como el instante en que empezó su vida.

Todavía era de noche pero estaba despierta. Tenía ya todo preparado. Con pulcritud militar había ordenado en la maleta la totalidad de sus pertenencias, dos unidades de cada cosa, a excepción de la ropa interior y los libros, de los que había escogido siete ejemplares. Unas bragas para cada día de la semana, tal como le ordenaba la matrona, pero muchas me-

nos novelas de las deseables. Aunque Laura no sabía cuántas iba a necesitar. Cuando alguien se pasaba la vida entera esperando, los libros eran como ventanas. Ventanas al mundo, al curioso funcionamiento de la mente humana, a naufragios, audaces ladrones de joyas y luces que indicaban el camino en plena noche. A sabuesos gigantes que vagaban por páramos neblinosos, a tigres mágicos y osos salvajes, a increíbles hazañas de coraje y supervivencia.

Laura suspiró y descorrió la cortina que tenía junto a la cama. Desde su ventana del mundo real no veía ninguna de esas cosas. En otros tiempos se podía contemplar el paisaje ondulante y florido que había dado nombre al hogar infantil Sylvan Meadows, por sus prados nemorosos, pero eso fue antes de que un funcionario de Salud y Seguridad decidiera que la naturaleza representaba un peligro. En consecuencia, el cuarto de Laura daba a un aparcamiento y un parque infantil de asfalto con un par de columpios.

Al otro lado del seto había un barrio de casas de ladrillo marrón, todas idénticas, ahora cubiertas de nieve. Un panorama de un tedio implacable. A veces, cuando Laura estaba absorta en la lectura de un libro, levantaba la vista y se sobresaltaba al descubrir que seguía en una ciudad industrial del norte

de Inglaterra; que no había desaparecido por arte de magia en un bosque de oscuros secretos ni en los Alpes suizos ni en un campo de amapolas.

Pero no era por los prados o el bosque. Laura había estado en casas de acogida que tenían jardines inmensos, del tamaño de un campo de fútbol, repletos de rosas, robles centenarios y objetos decorativos como canapés o alberquillas para pájaros. Uno tenía hasta una piscina. Había estado en casas gestionadas como unidades militares y en otra que olía a incienso y tenía una madre que rociaba aceite de pachulí por todas partes y un padre con una melena hasta la cintura. Y sin embargo, no se había sentido bien en ninguna, ni siquiera en la última, que era su favorita, porque el padre era tan aficionado como ella a los libros. Fue él quien le regaló cuatro novelas del detective Matt Walker, *Asesinato en el Orient Express* de Agatha Christie y *La casa encantada* de Charles Dickens.

—Aparte de los libros, eran gente muy aburrida —le contó Laura a la matrona cuando volvió al cabo de dos semanas—. Se pasaban la tira de tiempo hablando de reciclaje.

Su estancia más corta en una casa de acogida había sido de medio día, pero fue porque se negó a pasar la noche en la casa de una mujer que llevaba un chihuahua en el bolso.

–Eres demasiado quisquillosa –le reprochó la matrona–. En la vida hay que transigir en muchas ocasiones. Tienes que darle a la gente una oportunidad. Si quiere llevar un perro en el bolso, está en su derecho.

–Sí –replicó Laura–. Y yo también estoy en mi derecho de no rodearme de gente que trata a los animales como si fueran juguetes sin sentimientos. También estoy en mi derecho de no comer tofu siete días a la semana.

–¿Y qué es lo que quieres? –le preguntó la matrona con las manos en jarras sobre sus generosas caderas–. ¿Qué le pides a la vida? ¿Un castillo en una montaña con un Rolls Royce aparcado en la puerta?

–Lo que quiero –respondió Laura– es tener una vida llena de emociones como algunos personajes de mis libros.

–Ten cuidado con lo que desees –le advirtió la matrona.

–¿Por qué? –preguntó Laura, consciente de que nada soliviantaba más a los adultos que el cuestionamiento de las verdades consagradas. Les molestaban las preguntas inoportunas como: «¿Cuál es la razón de ser de esa norma?»

O: «¿Cómo es posible que los Servicios Sociales hayan tardado once años en descubrir que tengo un

tío que vive en la costa de Cornualles y está deseando adoptarme?»

En su corta vida en el planeta, Laura sólo había conocido a una persona que tuviera respuestas para las numerosas preguntas de la existencia, y era el héroe de sus novelas favoritas. El inspector Matt Walker era taciturno, excéntrico y temperamental, capaz de exasperar a los clientes con sus bruscos modales y sus salidas cortantes, pero si había algo de lo que el gran detective nunca andaba escaso era precisamente de respuestas.

Cuando se enfrentaba a un enigma imposible, como el asesinato de un hombre en una habitación cerrada con llave por dentro sin ningún indicio de que se hubiera forzado la entrada –una situación desconcertante para cualquiera–, siempre se le ocurría una explicación brillante, como la existencia de una falsa pared o la utilización de cera. Tenía una habilidad asombrosa para detectar las incoherencias. Si un asesino planificaba el crimen perfecto, Matt lo descubriría por un error relacionado con las costumbres migratorias del págalo colilargo.

Lamentablemente, Matt era un personaje de ficción. Cuando los hombres y mujeres de la vida de Laura se enfrentaban a una pregunta que los desconcertaba, como por ejemplo: «¿Por qué tengo que

irme a la cama a las ocho y en cambio vosotros os quedáis hasta medianoche, si yo soy joven y estoy llena de energía y vosotros sois viejos, estáis estresados y tenéis ojeras?» (para no herir los sentimientos de la gente, esa última parte no la decía en voz alta), generalmente le respondían: «Porque lo digo yo.»

Lo curioso de los adultos era que a menudo no tenían respuestas. Sólo fingían que las tenían. Se iban por la tangente y creían que así se salían con la suya.

Por ejemplo, si Laura preguntaba por qué tenía que comer gachas de avena, cosa que aborrecía –sobre todo desde que el cocinero de Sylvan Meadows las aguaba hasta que sabían a rancho carcelario–, le decían que eran sanas. Pero si preguntaba por qué esa pasta grisácea asquerosa era sana y por qué el chocolate era insano, se quedaban perplejos. Porque normalmente no tenían ni idea. Alguien les había dicho que la avena era nutritiva y que el chocolate engordaba, y ellos lo repetían como papagayos.

Hasta la gente supuestamente experta en su campo era incapaz de responder a las preguntas más esenciales. Cuando Laura le preguntó al médico cómo era posible que el hombre fuese capaz de volar a la luna y en cambio no tuviera remedio para el resfriado común, el doctor se quedó bastante turbado.

Lo mismo ocurrió cuando le pidió a la profesora, la señorita Blunt, que explicara el origen del universo. La señorita Blunt ensayó una torpe explicación de la teoría del Big Bang, la fusión de los átomos y la evolución.

Laura la interrumpió para preguntar: «Sí, pero ¿qué había al principio? ¿Antes del Big Bang? ¿Cómo empezó todo? ¿Quién lo desencadenó?»

En ese punto la señorita Blunt fingió que tenía una cita urgente y puso una excusa para salir del aula.

–Los niños suelen superar la fase del «por qué» cuando tienen tres o cuatro años –le dijo la matrona un día, visiblemente crispada por las preguntas de Laura en algunas ocasiones–. Aprenden a aceptar las respuestas que les dan los adultos. Entienden que los mayores tienen razón.

–¿Por qué? –le espetó Laura, atónita.

A Laura le costaba aceptar que los adultos tuvieran razón. De hecho, a veces pensaba que los niños de diez años estaban más al tanto de las cosas que casi cualquier adulto que pudieran echarse a la cara.

En su opinión, si los adultos fueran tan inteligentes como creían, su madre se habría acordado de pedir las señas del apuesto soldado norteamericano con el que tuvo un breve romance. Tan breve que la historia no había registrado el nombre del que acaso era el padre de Laura.